

LIBROS COLOMBIANOS RAROS Y CURIOSOS

Escribe: IGNACIO RODRIGUEZ GUERRERO

— XVII —

VALENZUELA TEODORO. (1828-1898). *El asesinato político*. —20 x 15. 16 págs.—El ejemplar que poseemos carece de portada, y de pie de imprenta. Aparece suscrito en diciembre de 1882.

El doctor Teodoro Valenzuela, bugueño, fue uno de los colombianos más respetables del siglo XIX. Descendiente de próceres santandereanos, había concurrido a la escuela primaria de su tierra natal y más tarde a la capital del país, donde estudió bajo la dirección del historiador y publicista don José Manuel Groot. Pasó también por el seminario, y, por último, dedicóse al estudio del derecho, en la Universidad Nacional, hasta recibir su título de abogado ante el tribunal de Popayán en 1849. Ejerció con sumo éxito su profesión, y tomó parte en celeberrimas audiencias penales, como defensor, entre otros, de don Roberto Morales, que atentó contra el general Mosquera, para vengar la muerte de su padre, y de don Manuel María Madiedo, fatalmente envuelto en sangriento lance contra el señor Leonardo Manrique.

Periodista y político, el doctor Valenzuela redactó y colaboró en diversas publicaciones nacionales y extranjeras, tradujo algunos libros de historia, compuso unas cuantas poesías de vario mérito, y cultivó algunas de las bellas artes. Fue miembro conspicuo del círculo literario bogotano El Mosaico, y, al parecer, con el inolvidable don José María Vergara y Vergara, fue uno de los mecenas de Jorge Isaacs, que propició la publicación de la primera edición de las poesías del bardo caucano. Don Isidoro Laverde Amaya, en el tomo I de su *Bibliografía Colombiana*, (Bogotá, Imp. y Lib. de Medardo Rivas, 1895), escribe al respecto: "Parece que al comenzar la lectura (de los versos de Isaacs en la tertulia de El Mosaico), Teodoro Valenzuela no se mostró muy dispuesto a oírla con toda atención; colocó su silla un tanto retirada del grupo principal, y se entretuvo en hojear un abultado diccionario que tenía a su alcance. Los aplausos no tardaron en dejarse oír, y el mismo doctor Valenzuela, dejando su actitud indiferente, pidió al autor repetición de algunas estrofas, y parece que también él mismo, terminada la lectura, propuso a los concurrentes que aquel libro de versos se imprimiese por cuenta de *El Mosaico*, idea aceptada unánimemente, y que es primero y único caso de

tal naturaleza que nos ofrece la historia de las letras colombianas...". (Pág. 207).

Fue también Valenzuela ministro diplomático de Colombia en los países americanos del Pacífico, Ecuador, Perú y Chile. Ajustó un tratado de límites con Costa Rica, y ocupó el Ministerio de Relaciones Exteriores, con brillo y dignidad ejemplares.

Como la mayor parte de los dirigentes políticos de su tiempo, el doctor Valenzuela asistió a los campos de batalla en defensa de sus ideales democráticos. Fue senador por Cundinamarca, y afrontó con denuedo las escaramuzas parlamentarias. De resultas de una de ellas, en la que intervino otro célebre personaje, coetáneo suyo, don Manuel Briceño, se produjo la publicación del hoy rarísimo opúsculo que comentamos en este capítulo, y que es oportuno recordarlo por cuanto se despeja en sus páginas, definitivamente, a nuestro entender, el móvil del asesinato de don Julio Arboleda, en la montaña de Berruecos, hecho este cuyo centenario se registrará en noviembre de este año.

Ello fue que el 19 de septiembre de 1882, al discutirse en la asamblea de Cundinamarca un proyecto en honor de Cándido Garzón, el señor Briceño atacó acerbamente a Valenzuela, inculpándolo de haber sido autor y propagador de hojas volantes en las que se incitaba al asesinato de algunos políticos prominentes de determinada tendencia, como Núñez, Becerra, Matéus y otros.

Ante el ataque inverosímil Valenzuela pidió al diputado Juan de Dios Uribe que exigiese de Briceño la presentación de las pruebas en que sus declaraciones se basaban. Este, naturalmente, no pudo presentarlas, pero en el curso de su acalorada peroración en la asamblea, inculpó también al doctor Valenzuela como coautor intelectual del asesinato de Arboleda, con estas palabras, características de la intemperancia verbal de nuestros parlamentos en el siglo XIX y en gran parte del siglo actual:

"... Se ha dicho que el responsable de ese asesinato (el de Arboleda) fue el general Mosquera; y yo digo que Mosquera no fue el responsable; son, sí, unos pocos hombres, y uno de ellos el señor Teodoro Valenzuela. Fue él quien presidió la junta que dictó la sentencia de muerte contra Arboleda; fue él quien entregó el dinero recogido para pagar el crimen; fue él quien despachó para el sur al comisionado a quien se confió la terrible comisión. ¿Cómo no he de creer capaz de armar la mano de Andrés López contra el gobernador de Cundinamarca, al que se atrevió a armar la del asesino que paralizó la vida de Arboleda?..." (Pág. 10).

Conviene saber que el mismo señor Briceño, abre el primer capítulo de un libro suyo, *La Revolución, 1876-1877*, que publicó en 1878, y que la Academia Colombiana de Historia reeditó en 1947, y que es el volumen LXXVI de su *Biblioteca de Historia Nacional*, con estas palabras contradictorias, en las que paladinamente atribuye a Mosquera el asesinato de Arboleda: "Con el triunfo de la injustificable rebelión de 1860 vino al poder del partido liberal. Sobre las ruinas de la legitimidad alzó su solio el traidor que había promovido la revuelta; y con la sangre inocente de

las víctimas del 19 de julio, y con el sacrificio del inmortal Arboleda, selló el tirano su victoria, y el partido liberal su dominio...". (Pág. 3).

Valenzuela refutó fácil y victoriosamente las inverosímiles imputaciones de Manuel Briceño, en todos los aspectos, confundiendo al acusador, que ignoraba que Arboleda no solo había sido amigo de Valenzuela y de su familia, sino cliente del eminente abogado a quien confió la defensa de sus intereses, ante el Tribunal de Cundinamarca. Y más todavía, que los defendió, después de muerto Arboleda, pidiendo se le hiciera justicia, como se lee en la *Memoria* que como secretario de lo interior y relaciones exteriores presentó Valenzuela al congreso de 1865.

Como complemento de su refutación a Briceño, Valenzuela publicó en su opúsculo una interesantísima carta del general Gabriel Reyes, hombre de probidad acrisolada, valeroso, dueño de todos los elementos de prueba y de juicio, como coetáneo de los acontecimientos ocurridos en el sur en 1862, que restablece la verdad tocante a la muerte de Arboleda. Este testimonio del general Reyes es casi desconocido en nuestros días, y cobra oportunidad transcribirlo en el año centenario del sacrificio del *poeta soldado*. Dice así:

"Bogotá, noviembre 3 de 1882.

"Señor doctor Teodoro Valenzuela—Presente.

"Mi estimado amigo:

"Contesto la carta de usted de treinta de octubre próximo pasado, en la cual invoca usted mi testimonio acerca de la trágica muerte del señor Julio Arboleda.

"El día quince de enero de 1863, en el pueblo de La Unión (la antigua Venta) se presentó en mi habitación un mozo con un fusil en la mano, y después de saludarme, dijo: "Mi general, usía será el cuchillo, yo soy la carne" —¿Qué quiere usted decir?— le contesté. —Que yo fui el que maté a don Julio Arboleda. —Usted se equivoca— le repliqué—. Usted no mató al señor Arboleda. La muerte de este hombre fue un hecho providencial. Usted ha sido el instrumento de Dios, como el fusil que usted trae fue instrumento en las manos de usted. Usted no merece castigo. —Vaya usted con Dios.

"Aquel mozo, cuya edad era apenas de diez y ocho a diez y nueve años, tenía una fisonomía franca y una mirada sencilla. Era blanco, gordo, imberbe, de pequeña estatura, y se llamaba, o respondía al nombre de Juan López.

"A los dos días, el 17 de enero, hice llamar a Juan López y lo llevé al lugar mismo donde fue herido de muerte el señor Arboleda. Allí me hizo la relación que sigue, y de cuya fidelidad puede cerciorarse quien quiera, pues está escrita en mi *Diario* privado, del cual conservo algunos fragmentos, y fue escrita en Buesaquillo, dos días después. Héla aquí:

"Yo buscaba, dijo, con un primo mío, cómo incorporarme a la guerrilla que tenía el capitán Sierra en la Erre. Mi madre nos hizo venir de Berruecos porque el pueblo está sobre el camino, y estaban pasando

muchas tropas. Trajimos un hermanito de diez años para que nos acompañara, y volviera a casa a dar razón de si habíamos pasado bien. Al salir a la meseta del Arenal, lo mandamos adelante para que viniera hasta La Cruz (que este sitio así se llama) y divisara a ver si venían tropas. El muchachito vino y volvió corriendo a darnos el aviso de que en la subida venían *los verdes*, que era un batallón vestido de bayeta verde. —¿En dónde vienen? —En la vuelta amarilla. —Entonces tenemos tiempo de pasar, dijimos: —Váyase corriendo y avísele a madre que pasamos bien; y el hermanito se fue para casa. Nosotros seguimos aprisa, y al llegar a este sitio, nos asomamos y vimos la gente que venía cerca. —Hagamos fuego sobre estos, le dije al compañero, ¿quién quita que logremos uno? —Corriente. Le eché otra bala a mi fusil, y aquí, así como estoy, y mi compañero aquí, decía marcando los sitios; al asomar los jinetes que venían en mulas, les apuntamos e hicimos fuego en el momento en que trataron de volver atrás para taparse con el barranco. Sin perder momento saltamos al monte, y por las veredas que conocíamos nos fuimos corriendo como venados.

“Sentimos mucho fuego, y después nada. Ese mismo día nos reunimos con el capitán Sierra; y hasta pasados seis o siete días fue que se supo que había muerto el señor don Julio”. El mozo acabó de hablar. Yo que sabía que la bala había penetrado por la espalda, me puse a observar atentamente el lugar. Medí la distancia (de veinticinco a treinta varas), calculé el movimiento que pudo hacer un jinete, y comprendí que todo aquel relato era muy verosímil, al mismo tiempo que encontraba muy inverosímil cualquiera otra versión.

“Aquel mismo día fuí a dormir al sitio de Olaya, en una pequeña casa, muy pobre, donde en la madrugada del 13 de noviembre había muerto el señor Arboleda, pues sus amigos lo llevaron en una camilla hasta ese punto, creyendo que alcanzaría vivo hasta Pasto. En aquella casa, y sentado en la misma barbacoa en que murió el señor Arboleda, escribí algo que se puede leer en mi *Diario*, pero que no publicaré.

“Desde entonces hasta ahora mi profunda convicción ha sido que la muerte del señor Arboleda fue un suceso desgraciado, del cual el único responsable es Juan López, el inmediato ejecutor. Si su relato es, como lo creo, fiel, no cometió crimen. Fue una agresión como tantas otras que se ejecutan en nuestras guerras, agresiones más o menos irregulares, pero que se consideran legítimas. Así han perecido muchos en sorpresas y accidentes tan oscuros como los nombres de las víctimas. Si la relación de López no fue verdadera; si el hecho pasó de otro modo, aquél pudiera ser más o menos criminal, pero lo sería él solo. Toda inculpación que se haya hecho o pueda hacerse a partido, colectividad o persona distinta, es temeraria y calumniosa.

“Creo, doctor y amigo, haber correspondido a la amistosa excitación de usted, y lo autorizo para que de la presente carta haga el uso que a bien tenga.

“Con sentimientos de consideración soy de usted amigo y servidor,

GABRIEL REYES”

(Págs. 14-15).

Con esta carta, interesantísima por todo concepto, finaliza el opúsculo del doctor Valenzuela. Hay en aquella un punto capital, planteado por el general Gabriel Reyes, que para los expertos en derecho público externo no puede pasar inadvertido, y es el que se relaciona con la calificación del ataque que causó la muerte de Arboleda, como acto de agresión, más o menos irregular, en campaña. Pero no es este el lugar de apurar los fundamentos jurídicos y el desarrollo de la tesis, supuesto que aquí nos limitaremos simplemente a dar noticia bibliográfica de una publicación colombiana interesante, y rarísima en nuestros días, cual es el folleto de Valenzuela, quien da remate a su obra con estas palabras:

“He aquí cómo sucumbió oscuramente, víctima de las discordias civiles, aquel caudillo de tan resonante nombradía.

“Años y años han pasado y el fanatismo político todavía no se conforma con la prosaica realidad de aquella muerte, y se esfuerza en tejer conspiraciones y leyendas para adornar como con yedras inmortales la tumba del *poeta soldado*.

“César Borgia, que hizo más ruido que él, murió también anónimo, de noche, en una encrucijada.

“Y si aquella no era la muerte que Arboleda merecía, era al menos la que él deseaba.

“Existen algunas personas en esta ciudad que recuerdan haberle oído decir una noche, en 1854, en alegre reunión de amigos, y tratándose de bellas muertes: “A mí me ha parecido siempre la más hermosa la de Sucre en Berruecos”.

“¿Quién hubiera podido decirme, cuando en compañía del señor Gabriel Vengoechea, colocaba con mi propia mano los restos mortales de Arboleda en su último asilo, que vendría un día en que la calumnia fuera profanadora, a sacarlos de allí para lanzármelos encima? — Bogotá, diciembre de 1882”.